

Entretanto el fiel Montrosse entró casi solo en Escocia, y con su valor, con su habilidad, con su genio fecundo en recursos consiguió unas ventajas que, juntas con las del Rey, podían compensar la pérdida de Morstonmoore. Pero estaba dada la sentencia suprema, y sus culpables egecutores se multiplicaron con sus mismos reveses.

37. Del seno perverso del puritanismo había salido en el tiempo de la mayor prosperidad del Monarca una secta aun mas perversa, no solo enemiga del Rey, sino tambien del trono, cuya ruina había resuelto, para sustituirle una democracia, en que aquellas heces de la nacion pudiesen arrogarse toda la autoridad. Estos nuevos sectarios daban á la libertad llamada evangélica mucho mayor estension que los puritanos. No bastándoles el desechar á los obispos y á los sínodos, con todas las formalidades y observancias de la gerarquía protestante, no admitian por libertad de los hijos de Dios, mas que una independencia absoluta, y una indocilidad tan universal, que llegaron á dar celos á la misma secta que los había producido, y tuvieron algunas veces fuertes contiendas con ella. Por esto se les dió el nombre de independientes: fanáticos abandonados á la manía de innovar á cada paso, y á un odio mortal contra todo dominio y toda autoridad. Divididos entre sí, unos con el nombre de cuakeros ó tembladores, miraban todos sus delirios como inspiraciones, y sus raptos convulsivos como operaciones del espíritu de Dios: otros con el de investigadores buscaban, mil y

seiscientos años despues de Jesucristo, su religion, sin observar ninguna; y otros, en fin, adictos cada uno á su creencia arbitraria, formaban en una misma religion tantas religiones diferentes, cuantas eran las personas que la profesaban. Así deliraba una de las naciones mas sábias, por haber despreciado la voz de la Iglesia, y no querer otra guia que su destemplada y soberbia sabiduría. En esta mezcla confusa de sectas y religiones antipáticas, descubrió Cromwell con su penetracion infernal un punto de reunion. Como ya no tenían reglas fijas, dominó á todos el prurito de dogmatizar, el cual no era refrenado por ninguna potestad eclesiástica ni secular; y el corruptor acertó á hacerse dueño de ellos de tal manera, que de aquella mezcla monstruosa formó un cuerpo formidable y suficientemente unido para que pudiese contribuir á sus fines. No obstante, se declaró por la secta particular de los independientes, que era la mas favorable á sus designios. No teniendo inclinacion al crimen ni á la virtud, y siéndole igualmente fácil practicar ésta ó aquel, la ambicion, que absorbía todas sus facultades, le movió sin ningun trabajo á dividirse entre la práctica real, pero disimulada, del crimen y el aparato hipócrita de la virtud. Su talento para la guerra, señalado con tanto esplendor contra la magestad real, le había conciliado sin duda alguna mucho crédito entre los independientes; pero la modestia y la devocion que entre todas las virtudes que aparentaba eran las que mejor sabia remedar, le adquirieron una autoridad ilimitada, y tanto mas



estable, cuanto menos deseo manifestaba de conservarla, dando á entender por el contrario, que se proponia únicamente el bien de la religion y de la pátria. Supo aprovecharse tambien hasta de la mediania de su nacimiento, el cual no era tan humilde que pudiese ser causa de que se le mirase con desprecio, ni tan elevado que pudiese inspirar recelo de que trataba de usurpar la dominacion.

38. Con un gefe como éste no tardó la secta ó la cábala de los independientes en hacerse dueña de las resoluciones parlamentarias. Desde entonces alejó con varios pretextos á los principales oficiales militares, y puso en lugar de ellos gentes adictas á su interés particular. Temiendo Cromwell indisponerse con los grandes, no juzgó todavía á propósito ocupar el puesto de general en gefe, é hizo que se confiriese este grado al baron de Fairfax, hombre de ilustre nacimiento, de valor, de actividad y de aquel género de habilidad que conviene á las armas, esto es, del genio de la guerra, pero sin ningun otro mérito: héroe de puro instinto, por decirlo así, únicamente á propósito para desordenar batallones y conquistar plazas, y en lo demás un mero autómatas, que no tenia mas movimiento que el que querian darle: hombre hipocondríaco, taciturno y susceptible en materia de religion de todas las impresiones de la impostura y del entusiasmo. Fue nombrado Cromwell en segundo lugar, pero en realidad era el alma de la cábala.

39. En este nuevo estado de cosas y de personas se hizo la guerra con muy distinto vigor que antes.

Hasta entonces solo se habia pretendido debilitar al Rey sin destruirle. Se queria un Rey que se viese obligado á cederlo todo, á dividir su autoridad entre sus vasallos, y á obedecerles en cierto modo; pero al cabo se queria un Rey, ó á lo menos un representante de la dignidad real: con cuyo motivo habian sido los combates menos vivos, los frutos de la victoria menos abundantes, y se habian malogrado algunas ocasiones decisivas. Pero luego que la nueva secta llegó á dominar en el parlamento, ya no quisieron Rey ni dignidad real, y como habian variado de designio, variaron tambien de método; y así sucedió, que aunque la batalla que se dió despues al Monarca cerca de la aldea de Naesby no fue tan sangrienta como la de Morstonmoore, tuvo unas resultas mucho mas terribles. Los tres gefes del egército rebelde, Fairfax, Cromwell y su yerno Ireton, no guardaban ningun miramiento. Acometieron por una y otra parte con todo el furor de una guerra de religion, y al principio se inclinó la fortuna, como en Morstonmoore, al partido mas justo. El Principe Roberto cargó sobre el ala izquierda, que mandaba Ireton, con un ímpetu á que no fue capáz de resistir ningun esfuerzo, de modo que en pocos momentos quedó desbaratada y desordenada. Pero el ardor incorregible de Roberto le impelió otra vez á perseguir á los fugitivos; y Cromwell, que en el ala opuesta habia conseguido la misma ventaja que el palatino, dejó que huyesen los realistas que él habia desordenado, y volvió hácia el centro atacado por el Rey en persona,



el cual empezaba á ceder á pesar del valor de Fairfax. Por mas esfuerzos que hizo aquel Príncipe para inspirar á sus tropas el valor de que él estaba animado, venció el genio ó el destino de Cromwell. No hubo resistencia contra este azote de Dios: Carlos abandonado evitó la cautividad por medio de la fuga, y los que pudieron libertar la vida quedaron dispersos, sin conservar ninguna forma de ejército. Los bagages, la artillería, las banderas y cerca de cinco mil prisioneros fueron lo menos que ganó el vencedor. La victoria fue la mas completa que puede imaginarse, á escepcion del número de muertos, que fue bastante limitado por una y otra parte, y casi doble entre los vencedores que entre los vencidos, los cuales no tuvieron mas de seiscientos: nuevo rasgo de la estravagancia de la suerte, ó por mejor decir, de la ira del cielo contra el Rey y el reino de la infiel Inglaterra.

Siendo el objeto del vencedor acabar con la dignidad real, no atendió á ninguno de los temperamentos que anteriormente se habian empleado con el Rey. Usó con todo rigor de la ventaja que acababa de conseguir contra su Príncipe, y procedió de acuerdo con todos los demás gefes de la rebefion para estrecharle, oprimirle y perderle. Casi todos eran hechura suya, hechura de Cromwell, que era el hombre mas diestro en el discernimiento y eleccion de las personas, y el que mejor poseia el arte de valerse de ellas. Todos siguieron aquella victoria, cada uno por el lado que se le señaló, con tanto orden y vigor

que parecia hallarse Cromwell en todas partes. La ciudad de Tauton, sitiada por el general realista Goring, y cuya toma hubiera sido causa de que el Rey se enseñorease de todo el occidente de Inglaterra, fue puesta en libertad por Fairfax, y Goring derrotado completamente: Bristol fue entregada por el Príncipe Roberto, cuya prudencia intempestiva echó un borron á su conocida intrepidez. Opton, que intentaba socorrer á Exester con un número de tropas bastante considerable, fue arrojado de sus atrincheramientos, y toda la infantería realista destrozada en aquel encuentro. Chester, que se defendió mucho tiempo con vigor, tuvo por fin que rendirse. La plaza de Herefort, que habia elegido el Rey para retirarse á ella, fue tomada por sorpresa. En una palabra, en menos de seis meses no tuvo aquel desgraciado Príncipe en Inglaterra plazas ni tropas capaces de resistir á los rebeldes. Sin embargo, el valiente Montrosse hacia prodigios en Escocia. Penetró hasta Edimburgo, donde declarándose todos á favor del Rey, se creia ya que aquel reino estaba libre de la liga fatal. Al fin, engañado por sus batidores, fue derrotado en Selkirk. Con su genio trascendental, y verdaderamente inagotable en recursos, podia reparar esta pérdida, y la tenia ya reparada casi de todo punto, cuando el Rey se halló reducido á un extremo en que todos estos recursos y ventajas no podian servirle de ninguna utilidad.

No se acobardó Carlos, pero el desaliento y la desesperacion se apoderaron de sus mejores generales.



El Príncipe Roberto le escribió, que ya no era tiempo de dar oídos al pundonor, y menos á los escrúpulos de conciencia, y que no habia otro arbitrio que ceder á su parlamento, y conformarse con su destino. Goring, despues de haber intentado inútilmente hacer la paz por mediacion de Fairfax, el cual le respondió como agente ciego de la cábala, que él estaba encargado de pelear y no de negociar, dejó las armas y pasó á país estrangero. Opton, con un número bastante considerable de tropas esforzadas que no queria sacrificar sin ningun provecho, capituló con la condicion de que cada uno pudiese volverse á su casa, á retirarse adonde le agradase. El conde de Bristol, despues de haber defendido á Exester, tomó la resolucion de retirarse á Francia. En fin, el Príncipe de Gales se embarcó tambien para pasar á las islas Sorlingas.

Refugiado el Rey en Oxford, tenia al rededor de sí un resto miserable de corte, de oficiales abatidos, perplejos, discordes en los dictámenes, é intratables por el mal humor que naturalmente producen los reveses. Pero era necesario tomar una determinacion pronta, porque los vencedores caminaban á toda prisa hácia Oxford, donde, una vez sitiado el Monarca, hubiera podido resistir algun tiempo, pero no teniendo ninguna esperanza de socorro, era indispensable que por último hubiese sufrido el yugo de la tiranía. En este conflicto buscó un apoyo en el parlamento, y ofreció que iria él en persona, y firmaria todo lo que las gentes honradas creyesen

necesario para una paz sólida. Dicen, que propuso al egército ir á ponerse en sus manos, y añaden que sus parricidas enemigos se opusieron á ello, porque querian cogerle peleando, para hacerle mas odioso á su pueblo, y dar algun colorido á su horrible desig-nio. A lo menos es constante que Cromwell hizo un viage á Londres con el único objeto de impedir que fuese recibido el Rey en aquella capital. No hallando consuelo en ninguna parte el infeliz Monarca, se vió obligado á precipitarse á sí mismo, sin tener recurso ni aun para elegir el precipicio; y si se arrojó en el mas profundo, fue porque todos los demás estaban para él cerrados.

40. Se disfrazó, salió de noche de Oxford; y sin noticia de su familia, escepto el ministro Hudson y un criado fiel, que fueron en su compañía, fue á ponerse en manos de los escoceses, que á la verdad habian sido los primeros en ofrecrle todo género de ausilios. Le recibieron con las mayores demostraciones de alegría; y entonces eran sinceros aquellos testimonios. Habia ya algun tiempo que las dos naciones no estaban muy bien avenidas, pues se quejaban públicamente los ingleses de que el egército de Escocia les vendia muy caros unos servicios, que no necesitaban entonces, y mucho mas de que se hacia dueño absoluto de las plazas que conquistaba en Inglaterra. Pero mudaron de language cuando vieron que les era mas necesaria que nunca, y no omitieron ningun medio para conciliarse su amistad. Se protestó por una y otra parte, que se deseaba



estar precisamente á los testimonios de la liga ó de la confederacion, se entablaron negociaciones, y el Rey, cediendo á las instancias de los escoceses, y queriendo desengañar á los pueblos, á quienes le proponian como enemigo de la patria, obligó á las tropas que todavía le defendian, á rendir las armas, y á las ciudades que le quedaban, á entregarse á los parlamentarios. Montrosse, que con los fieles montañeses de Escocia formaba un partido considerable, se vió obligado á desistir de toda empresa, y abandonó la patria á su desgraciada suerte, para pasar á Hungría. Tambien mandó Carlos avivar la guerra contra los católicos de Irlanda, que eran sus mas constantes defensores y su recurso mas seguro. De este modo desaparecieron aun los vestigios y la esperanza del buen partido en los tres reinos.

Sin embargo, no los abandonó tan universalmente la virtud, que no se hallasen todavía algunas almas justas, ó á lo menos que no se dejaban arrastrar del torrente de la perversidad. Habiendo propuesto al parlamento el partido de la independenciam, que sacase al Rey de entre los escoceses, y le encerrase en Warwick, se horrorizó de esta propuesta el conde de Essex, aunque antiguo generalísimo de la faccion, y entonces gefe de los presbiterianos, imitando su ejemplo los grandes con una uniformidad, que dió á entender á la atróz cábala, que no estaba todavía en sazón el parricidio. Por desgracia murió el conde de allí á poco tiempo. Los presbiterianos en general, y casi todos los escoceses, entre los cuales era dominante

aquella secta, querian conservar el Rey, pero despojado de la mejor parte de su poder, y sobre todo desprendido del cuerpo episcopal, cuya estincion habian resuelto irrevocablemente. Puede asegurarse que si Carlos no hubiera tenido dificultad en conceder este artículo, se habria mitigado el furor de sus enemigos, y que tal vez con el tiempo se habrian conseguido otras muchas cosas. Por consecuencia, su extravagante escrúpulo fue el que decidió su última desgracia. La condesa de Carlisle lo escribió así entonces á la Reina, ó á lo menos en términos equivalentes; y esta fue la opinion comun, fundada en que consiguiendo del Rey los puritanos de los dos reinos este punto capital de sus comunes pretensiones, hubieran unido sus esfuerzos contra los independientes, que eran sus verdaderos opresores. Al contrario, su resistencia dejaba siempre entre las dos sectas un vinculo que las tenia unidas con un interés comun, y con un género de interés que mueve á las sectas mas discordes á proceder de acuerdo unas con otras.

41. El presidente de Bellievre, enviado por la corte de Francia, en calidad de embajador, para sostener al Rey de Inglaterra en cuanto lo permitiesen unas circunstancias tan críticas, conoció, como todos, que el punto capital era el del episcopado; y aquel sábio ministro que comprendia perfectamente que el episcopado separado de la piedra sobre la cual edificó Jesucristo su Iglesia, no era mas que un vano simulacro, que no merecia el sacrificio de una corona,



se valió de toda su elocuencia para persuadir á Carlos que viniese en suprimirle, y diese satisfaccion á su parlamento por un medio tan breve. Pero al mismo tiempo que aquel Príncipe, imbuido en los errores de los protestantes, tenia desterrado de sus estados el verdadero episcopado de la Iglesia, se hacia mártir del episcopado fantástico de la Reina Isabel.

42. Mientras se perdía así el tiempo en solicitudes y en conferencias, la cábala tiránica, que no dejaba de temer sus resultas, opuso á todo esto unos medios mas espeditos. Con sus sordas maniobras habia presentado ya el parlamento de Inglaterra á la soldadesca escocesa el metal seductor que sofoca la voz de la honradez y de la humanidad. Para la primera paga de sus servicios se dió prisa la cábala á recoger cien mil libras esterlinas, y para acelerar la consumacion de su tráfico infame, esto es, para que le entregasen el Monarca vendido, envió sus tropas á Escocia, bajo el mando del servil Fairfax. Fácilmente se persuadieron los escoceses que era necesario concluir aquel negocio á cualquier costa; y atendiendo á que el Rey persistia en negarse á la abolicion del episcopado, resolvieron su ajuste execrable. Entregaron el Rey á los diputados del parlamento, los cuales le llevaron á Holmby, que era una de sus casas de campo. Habian estipulado que no se le quitaría la vida, que al contrario, se le trataría con respeto, y que se buscarian todos los medios de restablecer cuanto antes la concordia entre él y sus

vasallos: precaucion que los dejaba notados con la infamia de que pretendian librarse, pues así daban á entender que presentian el sumo peligro á que iban á esponer á su Rey.

43. La mayor parte de los ingleses querian que se cumpliese la palabra dada al egército escocés, y si el parlamento hubiera sido libre en sus deliberaciones, todavía habria podido Carlos volver á su antiguo estado. Pero el egército que habia desbaratado las ideas de este Príncipe, estaba enteramente sujeto á la voluntad de Cromwell y del partido de la independencia, los cuales habian tenido la destreza de hacer que se licenciase sucesivamente, con pretesto de economía, á los varios cuerpos de tropas que se hallaban en el resto del reino, y con especialidad á las que estaban mandadas por gefes de otra secta. Conociendo al fin el parlamento estas maniobras, é imitándolas para dejarlas sin efecto, tomó el partido de disolver el egército de los independientes, de licenciar una parte de él, de alejar otra con pretesto de tener subordinadas las provincias, y de no reservar cerca de la capital mas tropas que las que fácilmente pudiesen ser sujetadas en caso necesario. Este decreto, que al parecer debia experimentar las mayores contradicciones, fue adoptado por unanimidad de votos, y léjos de oponerse Cromwell á que tuviese efecto, fue el primero que lo aplaudió. Estaba ya impaciente por sujetar á su tiranía la nacion y el Rey; y su malignidad profunda descubrió en el decreto una ocasion favorable para enarbolar el estandarte



contra el parlamento, y para conmover al mismo tiempo el ejército, sin que pareciese que tenia parte en la conmocion, ni se presentase otra causa que un tratamiento poco correspondiente á los servicios de aquellas tropas. Así, no contento con aplaudir el decreto, respondió con su cabeza de la obediencia del ejército, y representó tan grandemente el papel de patriota celoso, que se le nombró comisionado para su egecucion. Pronto se conoció que se habia encendido el fuego que se queria evitar. A la primera lectura del decreto se notó una sublevacion general entre los soldados, los cuales, en lugar de las recompensas que se les habian ofrecido, se veian disueltos por la mayor parte, y reducidos á la miseria, ó á lo menos á una inutilidad vergonzosa. Animados ocultamente por sus gefes, quienes en público aparentaban contenerlos, formaron de los mas atrevidos de entre ellos, para la defensa de todos los otros, una especie de tribunal, á que dieron el nombre de consejo de los agitadores. Por este medio frustraba Cromwell todas las resoluciones del parlamento que no convenian con sus designios. Pero habiendo advertido que aquella usurpacion artificiosa de la autoridad estaba sujeta á unas lentitudes, que eran causa de que se perdiesen muchas ocasiones importantes, quiso dominar de un modo mas directo y mas eficaz.

Empezó por hacerse dueño de la persona del Rey, sacándole de Holmby, á pesar de lo bien guardado que estaba, y disponiendo que le llevasen al ejército, donde él y Fairfax le recibieron con un

respeto capaz de alucinar á los mas desconfiados. Procuró consolarle, le dió grandes esperanzas, y no omitió diligencia alguna para conseguir que estuviese contento con haber mudado de cautiverio. La nueva esclavitud del Rey allanó el camino para la del parlamento. Ofendido éste en sumo grado del rapto del Príncipe, publicó un decreto mandando que fuese llevado á Richemont, y puesto en manos de los mismos oficiales que antes tenia, á escepcion del gefe, al cual sustituyó otro mas fiel. No podia darse cosa mas conforme que este golpe de autoridad al designio que habian formado los tiranos de introducir la discordia entre el parlamento y el ejército, y derribar aquel tribunal para erigir otro sobre sus ruinas. Disimulando todavía el general Fairfax, se disculpó de lo que habia pasado, y echó la culpa de todo al consejo de los agitadores. Pero al mismo tiempo acusó de delitos de estado á once miembros de los comunes, presbiterianos los mas contrarios á los independientes, acusó al parlamento de malversacion, pidió que se aboliese, y que se convocase otro en virtud de la ley que prohibia su perpetuidad. Estas proposiciones consternaron y llenaron de perplejidad al parlamento, en el que siempre tenian un partido los independientes. Los once miembros acusados espresamente se ofrecieron por sí mismos á no concurrir á las asambleas por espacio de seis meses.

44. Como la ciudad de Londres, celosa de su libertad y de los privilegios de su propia milicia, mostrase mas vigor, movieron al parlamento los fautores